

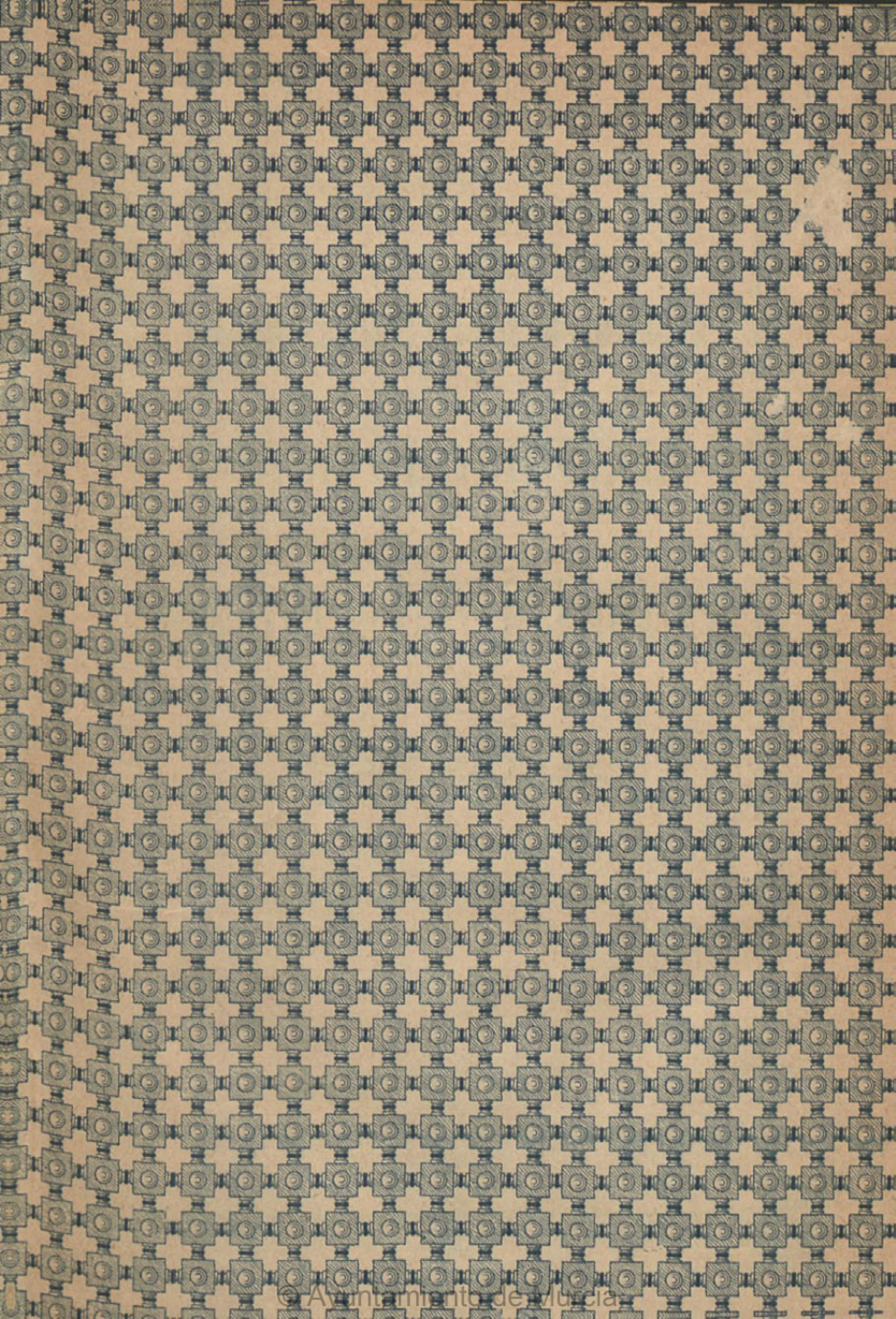


AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

Est.º 1

Tab.ª 2

N.º 027



Vicente Medina



(4)

La Canción de la Huerta

(NUEVOS AIRES MURCIANOS)

Con ilustraciones fotográficas del natural,

por el mismo autor.

Año 1905

R. 1384



AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E 1

TAB^A 5

N.^o 22 (4)

A mi estimado amigo
Pedro Jara Carrillo.

Nicente Medina

LA CANCIÓN DE LA HUERTA



OBRAS DEL MISMO AUTOR

✧ *Aires murcianos* (1.ª serie.)

Aires murcianos (Biblioteca Mignon, 1.ª edición.)

Aires murcianos (Mignon, 2.ª edición.)

El rento, drama en tres actos. (Agotada la edición.)

¡Lorenzo!... drama en un acto. (Agotada la edición.)

La sombra del hijo, drama en tres actos.

† *Alma del pueblo*.—Cantares.—Estrofas.—Sectarias.

✧ *El alma del molino*, drama en un acto.

La canción de la vida.—Poesías.

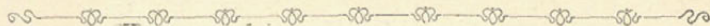
La canción de la muerte.

Dirigirse para la adquisición de ejemplares:

A las principales librerías.

Al autor, Mayor, 5, 3.º, Cartagena.

VICENTE MEDINA



LA CANCIÓN
DE LA HUERTA

(*NUEVOS AIRES MURCIANOS*)

CON ILUSTRACIONES FOTOGRAFICAS DEL NATURAL

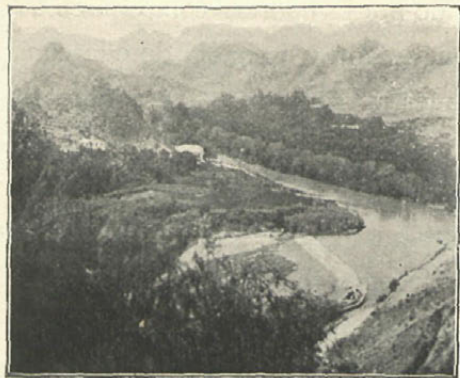
POR EL MISMO AUTOR



AÑO 1905

Imprenta «La Tierra», Duque, 25
CARTAGENA

© Ayuntamiento de Murcia



LA CANCIÓN DE LA HUERTA

El mozo me ha dicho con expresión de acendrada ternura:

—Vivir lejos de aquí!... No me apañaría... ¡me entraría murria y me moriría de tristeza!...—Después ha añadido, con elocuente ademán, tendiendo el brazo hacia el interior del huerto:—¡Este es mi mundo!

A poco de separarme de él, le oigo cantar dulce y apasionadamente, entre la espesura de naranjos:

 Mi barraca está en la huerta
 y en la huerta está mi novia...
 ¡es el mentarme la huerta
 como mentarme la gloria!



Yo soy, en mi cariño por la huerta, como quien está locamente prendado de su amada y os habla de ella con pasión á todas horas y os muestra su retrato delicadamente, como una reliquia...

Porque la adoro, os hablo á todas horas de la huerta, de mi amada, con sus ímpetus pasionales, con sus ternuras, con sus melancolías, y os cuento las cosas, para toda ilusión, como ella me las cuenta, imitando su habla dulce...

Porque la admiro, os muestro sus retratos que, enagena-do, tomé yo mismo de su belleza, y de los cuales, jamás nin-guno me pudo dar toda la verdad, la adorable visión de todo su encanto...

¡En mi pasión por ella, en mis ansias de Naturaleza y verdad, la quisiera poseer toda y dáros-la entera en mis libros, que fuesen como exquisitos frutos de ella misma!...



Proscrito de la huerta, en la lucha por la vida, vuelvo á la tierra que me vió nacer, ávido de contemplar sus paisajes alegres... sus barracas ocultas en el follaje como nidos de ruiseñores... sus ancianos típicos, á la sombra del parral... sus mozos *rondeantes* y sus mozas candorosas y riéntes... ¡Vuelvo ansioso de embriagarme en los tonos vivos de las vistosas mantas y los multicolores refajos huertanos!...





En una de las casas del pueblo, alegre y pintoresca en su interior, con su fresco tinajero, sus rezumantes cántaras y sus múltiples lejas recargadas de limpio vidriado, me rodean, movidos de gran curiosidad, parientes y amigos de la infancia, todos huertanos humildes, á quienes, en cuatro palabras y á la manera de ellos, les relato el argumento de una de mis poesías... Todos, viejos, mozos y zagales, me entienden sin trabajo y sonrían con ingenuidad, exclamando algunos: «¡Mesmicamente lo que pasa!... ¡propiamente lo cuenta, que se está viendo!...» —Pues vamos á hacer un cuadro— les he dicho—que represente lo que acabo de contar.

Se han reído todos ruidosamente, se ha movido bulla, y los que pasaban, á la sazón, por la puerta de la casa y los demás vecinos de la calle, han acudido á la algazara y han engrosado el corro, llenos de mayor curiosidad todavía ..

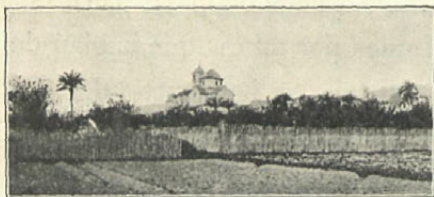
Luégo, indicados por mí los que habían de servirme para la improvisada escena, se han excusado, especialmente las mujeres, con lo ligero de su atavío:—Así? ¡Como voy tan bonita!—Pero han accedido á pocos ruegos, venciendo lo que era, más que otra cosa, natural cortedad; han escuchado, atentos y graves, la explicación de lo que había de representarse; han penetrado con facilidad suma en el sentir de sus papeles, y la escena viva, con sus personajes auténticos, huertanos humildes, ha quedado retratada.



Al alborear el día, he partido á ver á mi Amor...

Mi Amor me ha recibido sonriente, soberbio de hermosura con sus galas primaverales... Me ha colmado, generoso, de agasajos y caricias, brindándome, espléndido, ricos pomos de exquisitas frutas, ramilletes de perfumadas flores, pajarillos de mágico cantar, frescas y cristalinas aguas...

Tierno y virginal, murmurador é insinuante, mi Amor, por la alfombrada senda, ha guiado mis pasos á la entoldada orilla del río, entre las rumorosas cañas y los blancos álamos... me ha conducido, lenta y dulcemente, por los encantadores quijeros de las serenas azarbes... me ha encaminado



á los callados huertos de naranjos en flor... me ha llevado ante la aldea de casitas blancas y viejo campanario... me ha

detenido á contemplar en éxtasis la magestad de las altivas palmeras, reinas del horizonte...



Y mi Amor, con un arrullo tierno y melancólico, me ha cantado añoranzas... ¡Amor mío!... ¡Huerta mía!...

*

He pasado ante la casa en donde nací... está lo mismo que entonces... ¡firme en su sencillez y humildad!... ¡ni siquiera fué *nuestra!*...

Como una pareja de enamoradas golondrinas, mis padres, de recién casados y por un modesto alquiler, hicieron allí su nido... ¡Eran tan felices como pobres!...

A los pocos días de haberse casado, con absoluta fe en la vida, volvían á sus tareas de obreros humildes: mi padre echaba camino de la sierra á trabajar de bracero; mi madre tornaba al taller de sastre...

Toda aquella fe en la vida y aquella felicidad, qué lejos!...



La casa en donde nací, me produce la melancólica impresión de un nido de golondrinas deshabitado, frío... ¡sin aquel calor de jóvenes enamorados esposos y de hijuelos!...

*

A la caída de la tarde, he ido al camposanto: he querido visitar aquellos muertos que viven en mí...

El viejo sepulturero cava una fosa... Al entrar yo, me ha mirado con indiferencia, como si no me hubiese conocido... ha debido de pensar: «Todos han de venir...» Espera al que

han de traer... ¡la húmeda tierra volverá al hoyo sin secarse!...

Me he parado ante los nichos: en uno de ellos hay trazada piadosamente por mi hermano, una inscripción sencilla, negra.

Me he abstraído profundamente, mirando aquel nicho que guarda la mitad de mi vida... Cuando más embargado me encontraba en los tiernos recuerdos de



mi niñez, cuando evocaba el hogar paterno tranquilo y feliz, y en él á mi madre embelesada en sus hijos, dichosa con la sombra del esposo, se me ha acercado el sepulturero y reconociéndome ya, sin duda, me ha dicho sosegadamente:—Qué? vienes á ver al padre?—Sí, á verlo he venido: mi padre está allí... ¡en aquel nicho de la negra inscripción!... Se ha velado la dulce evocación riñente, con un telo de lágrimas... ¡se ha desvanecido el ensueño de color de rosa, en la negra realidad del feliz hogar deshecho... ¡de la triste viudez de mi madre!

.
He ido á visitar aquellos muertos que viven en mí... He querido saber en dónde enterraron el ensueño de mi juventud, y le he preguntado al sepulturero por *ella*...

—*Ella!*... no recuerdo...

—¿Pero aquel hombre que me arrebató su afecto, aquél que tan pronto la olvidó por otra, olvidó hasta su nombre? no ha puesto en donde *ella* descansa una inscripción siquiera?

—No sé... busca!...

Busco vanamente: ni una flor, ni una cruz, ni rastro...
jella está solo en mí!

.
He salido del camposanto entre las precursoras sombras de la noche, estrechando antes afectuosamente la callosa

mano del viejo sepulturero... ¡aquella mano que tocó los venerados huesos de mi padre... los adorados huesos de *ella!*

*

El crepúsculo impregna la huerta con su infinita melancolía, y al pasar, á mi retorno, junto á las tapias del huerto, oigo al mozo que canta de nuevo, con un dejo de arrulladora tristeza:

Quando mi horica me llegue,
quiero morirme en mi tierra...
¡verla, al cerrarse mis ojos,
y tener mi hoyico en ella!

·Mi alma se estremece... ¡La copla del mozo es mi propio sentir!... Yo me voy repitiéndola calladamente, como una cosa que se acaricia, y me parece que la huerta también, en la calma del crepúsculo y correspondiendo al delicado afecto, repite con sus ecos infinitos, dulcemente, la canción añorante...



LA CARTA DEL SOLDADO

No he tenido carta tuya,
pero de mi madre sí...
¡y aún no le he escrito á mi madre
y otra vez te escribo á tí!

Me dicen angunos que pa qué te escribo...
¡Ay qué bien que se habla!...
¡Yo te escribiría manque me digeran
que á tus manos no llegan mis cartas!...

Te escribo y asina, nenica, me pienso
que te hablo lo mesmo que enantes te hablaba,

sentaicos los dos en el poyo... ¡cuánto tiempo que hace!...
Tu madre cosía... los nenes juában...



¿Por qué no recibo,
nenica, tus cartas?
Hay quien asegura
que con otro mozo del pueblo te casas...
Mi madre me escribe ¡pero nõ me mienta
de esto una palabra!...

¿Por qué no me escribes tú también, nenica?...
Yo nunca me creo náica de esto que hablan:

pienso que muy fácil
se pierden las cartas;
pienso, sin sosiego,
que pué que estés mala...
pienso en tóicas esas
cosas que me matan...
¡pienso en tóicas esas cosas que me güelven
loco de pensarlas!

¡Que pa qué te escribo!... Pa hacerme la cuenta
de que siempre te hablo... de que no me engañas...
Pa hacerme la cuenta de que no hay otro hombre
que en el poyo te habla...



Por eso te escribo. Yo quiero que veas
que nunca por nunca mi querer te falta...
yo quiero que veas que de tó me acuerdo...



¡que estoy con el alma
siempre en la sendica
que va pa tu casa!...

Por eso te escribo...

¡por eso te escribo larguica la carta!...
Pa negar y negar que me olvidas,
pa negar y negar que me engañas,
pa que veas que soy siempre el mismo...
¡aquél que en el poyo te hablaba y te hablaba!...
¡Cuánto tiempo que hace!...
¡Tu madre cosía!... ¡los nenes juában!...

¡Qué triste me he puesto,
nenica del alma!...
Mira qué coplica
de cantar acaban:

Quando vuelva, si es que vuelvo,
¡Dios sabe lo que hallaré!...
Si una bala mata un hombre,
¡el tiempo mata un querer!

Carta de mi madre... De tí... ¡cuánto tiempo
que no tengo carta!...
¡Por qué no me escribes,
nenica del alma?



Dicen que, de fijo, de mí no te acuerdas...
que con otro mozo del pueblo te casas...
¡¿Por qué no me escribes?!... ¡¿Por qué no me dice,
de tó esto, mi madre, siguiá una palabra?!...
¡Qué triste me he puesto!...
qué triste me he puesto, nenica del alma!...



SANTICA

Para mis penicas tengo
consuelico de esperanzas,
que he visto, mirando al río,
que el agua turbia se aclara.

I.

¡Miá Santica!... como siempre,
sin parar, hala que hala!...
¡Dá dolor! tan rebonica
y el trebajo la remata!...
Quemaïcos tié los brazos,
tostaïca tié la cara...

¡negra como una hormiguica,
de tanto como trabaja!...
Tóico porque no les falte
á sus viejecicos náica...
tóico por ver si algún día
al fin con José se casa...
En sus trebajicos tiene
consuelico de esperanzas,
que ha visto, mirando al río,
que el agua turbia se aclara.

II.

¡Pobre Santica!... De suerte,
mal están en su barraca:
de pan, salú y alegría,
siempre mermaïcos andan...
El viejecico, primero,
cayó malico en la cama,
y dempués la viejecica,
que ya poquico haleaba...
Luégo José se esespera
porque la güerta está mala
y no gana pa casarse
ni pa comer, y se marcha
á las minas de la sierra,



ande los hombres se matan...
Y, á tó esto, Santica acude
á la güerta y á la casa:
ella á cudiar á los viejos
pa que de ná sientan falta,
y las pocas tierrecicas
ella también á cudiarlas...
¡pobretica!... es una mártir
y, más que Santica, Santa!...

III.

Ya el viejecico se ha muerto,
porque así de Dios estaba,
y á la pobre viejecica
también la tierra la llama...
Dista de José, hace tiempo,
no se sabe una palabra...
¡pué que en lo hondo de las minas
enterraïco queära!...
¡Qué sola Santica quea!
¡qué desamparo le aguarda!...
¡Miala perene en el yunque,
esclavica de su casa!...
¡miá qué sombrica de pena
se le extiende por la cara!...



¡miala vestía de luto
que dá compasión mirarla!...
¡Miala con su crus á cuestras!...
la penica la traspasa...
su querer, poquico á poco,
al camposanto se marcha
¡y también me páece que ella
los mesmos pasicos anda!...
Sus penas, con tó y con ello,
resisnaica se pasa,
*que ha visto, mirando al río,
que el agua turbia se aclara.*



EL ESGINCE

Calao vienes
dista los güesos!
¡Miá qué apargates!
¡miá qué babero!
¡Barro en la cara!
barro en el pelo!...
¡En ande, asina,



zagal, te has puesto?
¡Si reventaras!...
si diás un trueno!...

¡Tú dás conmigo
fin, sin remedio!

¿Vine yo ál mundo,
Señor, pa esto?
Si de esta hecha no pierdo el juicio,
nunca lo pierdo.
¿No es pa matarte?
no es pa que hiciera yo un desacierto?
¡A ver si callas,
demonio vivo de los infiernos!

¿Tavía lloras?... ¡Que no rechistes!
que no te sienta, miá que te estrello!
¡Ven que te esuelle! ¿Que no te lave?...
¡si he de arrancarte dista el pellejo!
.
.
¿Pero, Dios mío, qué esgince es éste?
¡y echando sangre, Dios de los cielos!
¡Hijo de mialma! ¿Te duele muncho?...
¡no ha de dolerte!... ¡no pué por menos!
¡Deja la ropa que se haga yesca!
¡Ay nene, nene... si no es más que esto!...
¡Jesús qué esgince!... ¡lástima de hijo!
¡¿Ves, hijo mío, lo que te has hecho?!
¡Ves? ¡de tan malo! ¡Ven que te cure,
demonio vivo de los infiernos!



MUSTIA

Ya sé yo que no tiene motivo
ninguno de pena:
se casó con aquél que iba tōas
las noches á verla;
se querían los dos y se quieren
como hay en el mundo pocos que se quieran,
y es cosa de encanto, la pas tan hermosa
que en su casa reina.

Si él madruga y trabaja y afinca,
no hace menos ella;
tienen hijos y el pan, á Dios gracias,
no les escasea;
como pobres, ni pueden quejarse,
ni nunca se quejan...
pero yo te digo que, con tó y con ello,
ver á Rosarico me causa tristeza.
¡Lástima e zagala!...
¡no es ya ni la sombra de lo que antes era!
¡Lástima de moza!...
¡qué apañá!... te acuerdas?...
¡Más blanca, entavía, que la propia nieve!
¡maja como en día perene de fiesta!
¡alegre y riéndose á tóicas las horas!
¡airosa y lo mesmo que un junco de erecha!...
¿Ande está aquel aire? ande están sus risas?
ande sus majezas?...
No tendrá la zagala motivo
nenguno de pena,
pué que viva á gusto...
pero dá tristeza
ver á Rosarico tóico el santo día
igual que una negra,
abora pal río,

dempués pa la era,
un zagal en brazos y otro de la mano,



siempre encorvaica con la crus á cuestas,
siempre en el camino como una hormiguica,
siempre en la faena;
la ropa estrañica que, limpica y tóico,
ni es vistosa, ni maja, ni nueva;
los ojos hundíos, la cara pañosa,
y tan formalica, que páece que es seria,

que páece que es triste,
manque no lo sea...

¡Lástima de moza!... ¡lástima e zagala!...

ni por pienso es la sombra de aquella
más blanca, entavía, que la propia nieve,
maja como en día perene de fiesta,
alegre y riéndose á tóicas las horas,
¡airosa y lo mesmo que un junco de erecha!





LAS BORREGUICAS BLANCAS

I.

¡Qué vueltas tan grandes,
en tan poco tiempo, dan angunas casas!...
¡¡Quién, á no saberlo, diría que el tío
Tomás el *Patriarca*,
no hace ná, pal caso, más de mil cabezas
de ganao lanar manejabal!?

Pos ahí tiés el mundo:
¡tó se fué lo mesmo que sal en el agua!

Los hijos, perdíos,
daos á la vagancia;
el gastar sin reparo y, aluego,
réditos y trampas;
la sequía, la falta de pastos
y, pa más esgracia,
como no viene un mal nunca sólo,
dista, rematando con tóico, la plaga
que arrambló del ható
con lo que queaba.

.
.

¡Náide lo creyera!...
¿Quién se lo pensara?...
En aquel corralón en que, enantes,
apiñá, por la noche, humeäba
aquella hermosura
de borregas blancas,
no hay rastro de sirre... ¡allí ya no duerme
la majá de ovejas, ni los perros ladran!

.
.

II.

Ya ves, Noche-buena:
pos... ni son de zambomba y guitarra...
ya no quëa gusto, ni humor... ¡ni posibles!
en aquella casa.

Sentaïco á la lumbre está el tío
Tomás, hecho un tronco, lião en su manta,
hundía en el pecho
la cabeza blanca,
y páece que duerme...
¡no duerme el *Patriarca!*

Tié entornäos los ojos y sigue,
con tóa su alma,
la alegre tarea de sus nietecicos
que están, que no paran,
haciendo afanosos un belén de aquellos
que se estilan hacer por la Pascua.
Ya tién de un pinacho
la mitá e las ramas
y están recortando, pa llenarlo tóico,
borreguicas blancas... Borreguicas blancas,
de papel que sacaron los críos
de lo hondo del arca..

¡de papel en que, en tiempos mejores,
se envolvieron vestíos y alhajas!...



Borreguicas que ve el pobre abuelo,
en aquel duerme y vela en que se halla,
aumentar y crecer y apiñarse...

Le páece que vuelven aquellas que entraban
en tropel por la puerta, otras veces,
de balíos llenandó la casa...

Le páece que vuelven, soñando que tienta
con sus deos temblones la lana...
soñando que se echan alreorcico suyo...
soñando que humean... soñando que balan...

.
.

Y siguen los nenes recorta y recorta
borreguicas blancas
y, soñando, soñando con ellas,
se duerme el *Patriarca*.





¡HIJA MARIA! (1)

I.

Dale que le dás al ciazó,
cerniendo está Mariquita,
con su pañuelo á lo curra
y con la cara encendía,
luciendo esnüos los brazos
con las mangas hasta arriba,
plantá y ejando que asome
un pié que roba la vista
y el comienzo de una pierna
¡más recia y más reöndica!...
Carne que trasciende á pan
¡quién no se la comería!
¡Cara y brazos, pierna y pié

(1) Modismo que se emplea para significar que, amasando, se ha puesto agua de más en la harina, saliendo la masa demasiado blanda. Así, se dice: «Has hecho ¡Hija Maria!»

que están que abren la ganica,
blanqueando y relucientes
del polvico de la harina!...

II.

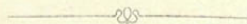
Dale que le dás al ciazó
y en menos que se presina
un cura loco, cerníós
tres celemines tenía;
y aluego, en un santiamén,
ligera como una ardilla,
cuelga el ciazó y las cernerás,
hace su pará de harina,
trae la creciente y el agua
y se pone de seguía
á amasar, cuando su nena
entra y l'ice: «Mariquita,
que tu suegra, si lo ha e ser,
con la madre está en la esquina
hablando del casamiento
que páece que marcha á prisa.
Dice la tiá Rafaela
que los deja la puntica
de ovejas y el olivar
y las tierras de *La Anquibla*;

que las amonestaciones
se van á correr seguías...
que el refresco... que los dichos...
que el ajuar... ¿qué se me olvida?...
¡yo qué sé! ¡si no me acuerdo
de tanto como decían!...
Y tó ¡pa que veas tú!
porque Sebastián tié prisa
que, si fuá por él, pa enantes,
con breve y tóico se haría.

.
¿Pero, zagala, estás lela?
¿pero no ves, Mariquita?
¡¿Ande vas?! no echas más agua,
añídele pronto harina...
de juro que no te llega,
aunque tóa se la añidas...
¡válgame qué gacha has hecho!...
¡estás atolondraica!...»

III.

Y, en esto, que entra la madre
y que pa la artesa mira,
y que dice al ver la estrá:
«¡Ay, Jesús, *hija María!*»





LOS TRES NENES

Me asomaba á verlos
pasar por mi puerta:
tres nenes hermosos
quiban á la escuela...
los tres pequeñicos, los tres casi iguales...
¡tres caras bonicas como tres estrellas!

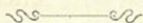
¡Iban tan limpicos!... A la madre, siempre,
la veía en ellos, sin saber quién era:
me la imaginaba
como el pan de buena...
me la imaginaba, por lo curiosica,
¡como el agua pura que nace en las peñas!...

Iban tan limpicos
que yo me decía: — De seguro que ella
los viste y se mira, como en tres espejos,
en sus tres hijicos... ¡como si lo viera!—

En algunos días
no ví por mi puerta
pasar á los nenes
y, sintiendo pena,
pregunté por ellos y me contestaron:
—¡Lástima de hijicos!... no van á la escuela
porque está su madre malica en la cama,
que Dios se la lleva!

.
.

Al poquico tiempo pasaron los nenes,
otra vez junticos, los tres por mi puerta...
¡llevaban al cuello
la cintica negra!...
sin que la llevaran,
su esgracia se viera:
iban dejaicos... sin aquel apaño
propio de la madre... sin la gracia aquella!...
¡Lástima de hijicos!...
¡se me heló, de verlos, la sangre en las venas!





¡TÓ POMPORICAS!

Pa poder verse á solas,
al soto s'iban,
y en el mesmo remanso
junto á la orilla,
sintiendo hablar al mozo,
la zagalica,
se pasaba las horas
embebecía...

En tó lo que duraba
lo que s'icían,

con la petera el mozo
de echar chinicas
al remanso del río,
nunca ponía
sus ojos en la cara
de la mocica
¡y ella con sus ojazos
se lo comía!...

Al golpe seguidico
de las chinicas,
la corriente serena
se estremecía,
llenándose el remanso
de pomporicas,
tan vanas, que en el ínten
se deshacían...

Y alguna vez, al mozo
la zagalica,
sintiendo sus palabras,
le respondía:
—Que tus promesas llegue
yo á ver cumplías
y tó salga igualico
que me lo pintas...

Que esas palabras tuyas
con que me privas,
¡no sean lo mesmico
que pomporicas!...

Le salió á la zagala
lo que temía:
la engañó el mozo al cabo
con palabricas...
se devirtió con ella...
¡la ejó perdía!...

Y la pobre en el soto,
y ande se vían,
se echó de golpe al agua
dende la orilla,
cayendo lo mesmico
que una chinica...
llenándose el remanso
de pomporicas...

Tó el que lo sabe, dice:
«¡Páece mentira!»
¿Por qué, si en este mundo
tó es pomporicas?





LA RISERA

I.

Al remate ha encontrao, pa novio,
un hombre á su gusto, Juana *la Morena*...
Con tóico y con ello, no sé qué te diga...
¡ojalá que le salga la cuenta!

Frasquito es buen mozo,
pero tiene muy mala cabeza...
Frasquito se pasa
las noches en vela
de rondeo, belenes y bailes
y de francachelas...
pero es pinturero, va siempre mudao,
se echa á tós los días la ropa de fiesta,
toca la guitarra,

canta coplas que él mesmo se inventa,
rumba y gasta lo suyo y lo ajeno,
tié la mano rota y tira su hacienda...
Esto á las mujeres las saca de tino...

Luégo, sus maneras
y las palabricas que tiene pa hablarles...
L'oyen y se erriten... ¡y se ponen ciegas!

Es tó lo contrario que Frasquito *el Cuco*,

Juana la Morena:
tié pocas palabras,
tié la cara seria...
pero tié en el mirar de sus ojos
negros ¡una fuerza!...

II.

Yo sé que el noviaje
viene de una apuesta,
que la gana Frasquito, si logra
que Juana consienta
que él salte á deshora las tapias del güerto
pa verse con ella.
La cosa no es fácil, porque á los mastines
en el güerto de noche los sueltan;
la cosa no es fácil, si fuá lo que paéce

Juana la Morena...

¡pero, á las caricias, callan los mastines
y la moza más brava se entrega!...

III.

¿Que cómo fué aquello? Pos siendo. En querer
pué ser tó, por grande y extraño que sea.
Fuera que la moza tuviá sus recelos,
ó fuera castigo que Dios dispusiera,
lo cierto es que asina pasaron las cosas,
según lo que cuentan:

De acudir á la cita del güerto,
al *Cuco*, palabra le dió *la Morena*,
y, al pié de las tapias, á la media noche,
ya estaba Frasquito con los de la apuesta,
aguantando el resuello... ¡callaos
tóicos como peñas!

Se sintieron gruñir los mastines
y una vos, muy cerca,
de mujer, que abonico decía:
— «¡Cállate, *Canelo!*... Cállate *Pantera!*... »

De un salto, Frasquito se mete en el güerto...

¡Los mozos, callaos lo mesmo que peñas!...

La vos, abonico,

— «¡Cállate, *Canelo!*... ¡Cállate *Pantera!*...»

La luna, lo mesmo que si fuá de día...

la noche, serena...

De pronto, de un beso,

dista los que escuchan, el son claro llega,

y, al sentirlo, no puén contenerse,

¡y rompen tós ellos en una risera!...

Abonico otra ves, en el ínten,
sintiéndose clara de coraje llena,

la vos, á los perros abora los zumbe

volviendo á decirles: — «¡*Canelo!* ¡*Pantera!*»

Y, á la par que se sienten las risas,
se sienten los perros lo mesmo que fieras...

se sienten lo mesmo que cuando en el lobo
rabiosos se ceban...

Aquel alarío de los dos mastines,

aquel alarío que la sangre yela,

respondiendo á las risas de enantes,

¡páece otra risera!

Luégo, tó tranquilo...
el silencio llenando la güerta...
la luna, lo mesmo que si fuá de día...
la noche, serena...
relamiéndose, llenos de sangre,
Canelo y Pantera...
y fija en Frasquito,
que en el suelo hecho piazos se encuentra,
con la cara fosca, sin extremecerse,
Juana la Morena...
pero tié en el mirar de sus ojos
negros ¡una fuerza!...



¡TATE QUIETECICA!

¿Nena, tiés azogue? ¡Ni que los demonios
tuviás en el cuerpo!... ¡Qué criaturica!...
¡Miá que no has de estarte ni un minuto quieta!
¡Miá que es una brega tóico el santo día!...
Que corro, que salto, que rompo la escoba,
que vuelco la zafa, que piso las sillas,
 que el perro, que el gato,
que si los pollicos, que si las gallinas...
 ¡Ni que juás de yerrol!...
 ¡válgame, hija mía!...
Te lo pido por tóicos los santos:
 no seas asina;

tate en un laico, no me dés más guerra,
¡tate quietecica!...

¿No vés que no quiero, zagala, ponerte
las manos encima?

¿no ves que no quiero
pegarte, alma mía?

¡A ver si eres buena y una ves, al cabo,
te veo tranquila!

.....

La nena se ha muerto... ya no dá más guerra...
ya... ¡tan quietecica!



CÁ COSA EN SU TIEMPO

¡Quien te vé y te vido,

hija de mi alma!...

Eras pequeña

como esa zagala

que esmuñe la teta

y á tu madre, chupando, se traga...

La teta era entonces pa tí lo más dulce...

¡lo mesmo esmuñías! lo mesmo mamabas!

.



Cá cosa en su tiempo.
Abora no piensas más que en ir por agua,
porque en el camino,
Pepe el de la Algáida
te tira chinicas
y abonico t'habla...

Cá cosa en su tiempo:
las cosicas esas pa tí son, zagala,
la teta más dulce... Abora no piensas
más que en ir por agua
¡y esmuñes la fuente,
nena de mi alma!



DE CASTA

I.

—¿Ande estará esta zagala?
¡Señor, me tiene deshecha!
Ni que me esjarre gritando,
ni que me asome á la puerta...
¿Nene, no has visto á tu hermana?
—No, señora.

—¡Pues arrea!

Sin pararte, abora mesmo,
la buscas; ¡á ver si vuelas!
¡á ver si, con mil demonios,
en angún sitio la encuentras!...
¿Ande estará esa lebranca
grandísima corretera?
Anda corriendo, zagal;
anda ya y no te entretengas...
Échate por el barranco,
dá una vos en las paleras,



veste, en una correntilla,
por el quijero e la cieca;

sube al molino, pasando
por la almazara y las eras,
y embócate ista el lugar,
si no la ves por la güerta...

Anda ligerico, nene;
anda, á ver si dás con ella;
si la ves, ya estás aquí;
¡ya estás, á escape, de vuelta!

Si no la ves, no te canses
de buscarla y no te vengas.

—¿Pero qué pasa, mujer?

—¡Qué ha e pasar! que está mu suelta
la zagala y no me gusta
que ande asina.

—¿Quién? la nena?

—La nena, sí, nuestra hija,
que verás, Dios no lo quiera,
si nos dá un chasco, por ser
tú un padrazo.

—No lo creas;

¡pero si es una mocosa!
¡si á catorce años no llega!

—Sin tenerlos me casé
yo contigo.

—¡Bueno fuera!...

II.

—¿Catalina? no buscabas
á tu Isabel?... Pos paciencia:
con Nofrico va pal campo
camino de *Verdelena*,
tan arregusto los dos



montaicos en la yegua.

—¡Madre mía del Consuelo!

¿Sientes, Paco?

—¿Quién? la nena?

—¡La nena!... sí! ¡la nenica!...

¡¿Ves, por darle tanta cuerda?!

—Déjalos, mujer!... Es mundo
y ellos irán á la iglesia...
Al fin y al remate, fuimos
nosotros también á ella,
¡y bien sabes que pasó
tó de la misma manera!



RESCOLDO

Yo me pensaba que era
tan facilico
el apagar la lumbre
de aquel cariño...
¡Ay, lumbrecica,
lo que dura el rescoldo
de tus cenizas!

Así canta el mozo
cuando se halla á solas...
La misma coplúa
canta á tóicas horas,
de un modo que páece que el alma con ella
se le escapa también por la boca!...

Así canta el mozo
que tiene la novia
en la misma calle
en que há poco tiempo se hablaba con otra!...

El mozo, el domingo, platica á la puerta
con esta zagala con quien se habla abora,
y la que antes lo quiso, platica
ya también con otro y á las mismas horas,
en la propia calle, cerquica y de modo
que las dos parejas siempre se confrontan...

Y aunque alantáicas en los dos noviajes
están ya las cosas,
se vé, cuando lao por lao platican
unos y otros novios así de esta forma,
que sus miraïcas, entavía, el mozo
se echa con aquella que era antes su novia...

¡Estas miraïcas,
bien claro pregonan
aquel rescoldico que dejó la lumbre
en el pecho del mozo y la moza!



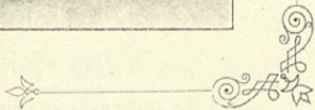


EL CALORCICO

Al ver á Doloricas
y á Frasquitico,
ya los dos tan formales
y tan tranquilos,
alguien pensara
que el querer, con los años,
también se acaba.

Cierto que no se hacen
ya carantoñas,

que no los ve la gente
gastarse bromas,
que su cariño
páece, por lo sereno,
propio de amigos.



Pero tó el que se fije
puede ver claro,
que uno en el otro siempre
se están mirando,
y que en su vida,
como en un cielo puro,
no hay nubecicas.

Y en las noches de invierno,
si fácil fuera,
tranquilamente juntos
dormir los vieras...
¡como hermanicos,
dándose el uno al otro
su calorcico!...



A LA RU RU, MI NENE...

I.

Ya está Juan arriba
con su nene en brazos...
la criaturica
se esjarra llorando,
y el padre y la madre, sin saber qué hacerse,
las noches enteras se pasan en claro.

¡No pega los ojos nunca el angelico!...
Juan se tira, el pobre, de la cama escarzo



y lo toma y se pone á cantarle,
pa ver de callarlo:

A la ru ru, mi nene,
que viene el Coco
y se lleva á los niños
que duermen poco...

II.

Ya no llora el nene...
pa no despertar lo,

Juan no se atermina
ni á sentar los pasos
y, helao de frío,
muy arrebonico le sigue cantando.

.
.

III.

A la ru ru, mi nene....

¡Quién ha e pensarlo!...
¡Canta y canta, y lo lleva
muerto en los brazos!...



¡NAÍDE!

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
si fuera esa sola, podía yo alegrarme.
Mi pena no es de esas que esjarran el pecho
y que suelen, á veces, curarse;
no es de esas herías abiertas de pronto
y que manan sangre...
Mi pena no es honda,
mi pena no es grande...
pero es una pena
que con su tristeza no me eja que escanse...

¡Es una amargura desconsolaica
que llevo en la sombra, que llevo en el aire!...

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
mi pena es sequía que no hay quien apague:
yo he puesto mis ojos en tōas ¡en tōas!
¡y ninguna ha querio mirarme!...
No es ella solica la que no me quiere:
ni ella, ni ninguna... ¡no me quiere náide!





LA SEQUÍA

Ni que á Dios se lo pidas,
ni por más que suspires ni que ruegues;
tómalo con pacencia y no te canses
que, ya lo vés, no llueve
ni una gotica de agua, tan siquiera,
que tanto mal consuele.
¡Páece que ya en el cielo,
al igual que en los hombres que no sienten

las penas de los pobres,
ni el brillo de una lágrima se arvierte!

Y, si no quiés venirte de vacío,
no vayas á la fuente,



que tié la sierra las entrañas secas
lo mesmo que las tién angunas gentes...

De tóico, lo mejor es que no salgas,
por más que te esesperes,
que de tós los dolores
es el peor, mil veces,

el ver tó el mal que la sequía ha hecho,
¡el ver tanta miseria y tanta muerte!...

Los campos, asolaos...
las tierras, traspillás, sin que les entre
la punta del arao, ni que en ellas
agarre ni un granico de simiente...

las matas, retorcías
y los árboles, muertos... ¡náica verde!...
sin pastos y sin charcas ande beban,
los ganaos... ¡muriéndose las reses!...

Los caminos, con una vara e polvo
ande se hunden los carros dista el eje
y se arrastran las mulas carleando
y, abrasaos y ahogándose, se meten
los pobres carreteros que respiran
la terruza caliente...
¡Tó perdió!... ¡Perdío de remate,
sin que Dios lo remedie!...

Te pués esengañar, que náica alantas;
no suspires, ni ruégues;
y, si no quiés venirte de vacío,

ya lo sabes, no vayas á la fuente,
que tié la sierra las entrañas secas
¡lo mesmo que las tién angunas gentes!



GRACIA DE DIOS

Miá aquella zagala que ya pide novio,
y allá en el molino
tuícas las mañanas, en tanto que almuerza,
trisca con los mozos, que están derretíos...
Hoy, cuando juäba, el pan de las manos,
en la gresca, caérsele he visto:
se ha apagao su risa; se ha quedao suspensa,
como si su padre, que es un viejecico,

fuera el que en el ínten
se hubiera caído...

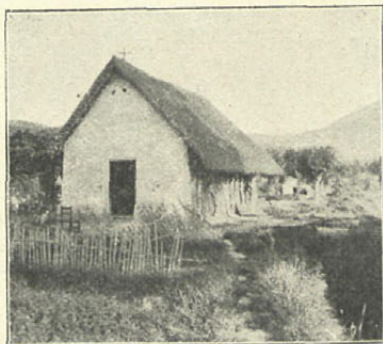


Luégo, formalica,
su pan ha cogío,
besándolo á un tiempo... los mozos, en esto,
la han dejao tranquila, y á la ves, han dicho:
«¡Ay, quién, por su suerte
pan hubiera sí!»

Ya vés, al remate,
lo que yo te digo:

el pan no se tira,
porque mata el Señor, hijo mío;
lo tienes de sobra y otros pasan hambre...
déjalo en la leja pa algún pobretico.

¡El pan no se tira,
porque está bendito!



Se coge y se besa...
al besarlo, dices «¡Amén!», hijo mío;
pal caso, haste cuenta que, en Dios puesta el alma,
rezas abonico:

«*El pan nuestro de cada día, dánosle hoy
y perdónanos, Señor!*»



El pan está santo;
oye esto, hijo mío:
El padre, en el campo trabajando, riega
con sudor el trigo...
hiñe el pan la madre
y hace en él una crus al heñirlo...
Por *San Marcos*, espiga la siembra
y bendicen los campos floríos...
El pan en sus manos
el Señor bendijo...
el pan es la vida...
¡es la gracia de Dios, hijo mío!

¿Que no quíes pan sólo?...
¡Pan que no nos falte, yo al Señor le pido!
Páece que suspiran al decir los padres
«¡el pan de mis hijos!»
Pa dárselo á un pobre, se besa... lo besa
el pobre al tomarlo, tan agradecío...
Cuando al suelo se cae, lo cogen
y lo besan tuícos,
como cosa santa que tiene misterio
en que algo se encierra de humano y divino...
¡Se coge y se besa
como un piazó vivo



del alma y la carne,
que el golpe, al caerse, lo hubiera sentío!

.

El pan no se tira... si no tienes gana,
se pone en la leja pa algún pobretico;
no lo tires nunca,
¡que el pan es la gracia de Dios, hijo mío!



GUÁRDAME UN ROALICO (1)

(A MI PADRE, MUERTO)

¡Ya escansas!... ¡ya duermes,
pa siempre, tranquilo!...
Ya, pa tí, ni trebajos, ni penas...
Ya, pa tí, ni calinas, ni fríos...
Ya estás al amparo...
¡Dichoso el que pasa bien pronto el camino!
Ya estás ande llega lo mesmo el que corre
que el que va espacico...

(1) Es costumbre, en esta región, el despedirse de los muertos con esta frase, echando, á la vez, un puñado de tierra en el hoyo.

¡Ya escansas!... ¡Ya duermes,
pa siempre, tranquilo!...
Pa cuando mi cuerpo,
pa no levantarse, se caya rendío...
pa cuando, en mi horica, me llame la tierra,
¡guárdame un roalico!



BENDICIÓN

(PARA EL MAESTRO CÁVIA)

I.

Caen hachos encendíos, parte las peñas
el sol, que abrasa...
ni en los altos un soplo de viento corre
¡y un pavor de la tierra sale, que mata!...

Con la boca más seca que los traspoles,
en las eras el mozo del trillo salta:

de roja y encendía que tira á negro
tiene la cara,
y carleando,
viene y se abruza, muerto de sé, á la cántara
que tresmanando cuelga
bajo la parra...

La moza que á la sombra de los nogales
animosa y alegre la ropa lava,
con los brazos esnúos y el seno abierto
luciendo una hermosura de carne blanca,
de puntillas al mozo llega abonico
y dándole en el brazo, le aboca el agua
que cayéndole encima,
tuíco lo cala...
Corre tras ella el mozo, la moza vuela...
gavilán y paloma... va á darle caza...
en el cañar cercano
por fin la atrapa
y, por más que ella chilla,
¡le mordisquee y besa la carne blanca!

.

Otra ves animosa
y deshecha de risa la moza lava...

Desde su trillo,
á poquico en las eras el mozo canta:

¡Qué bien lava mi nena,
qué ropa tiende!...
la vá ejando blanquica
como la nieve...
¡páece que el agua,
al pasar por sus manos,
sale más clara!



II.

Llega debajo del parral, sin fuerzas,
el pobre viejecico de la cabeza cana

y se deja caer penosamente
en el poyo á la puerta de la casa.

Con tuíco el solanero
viene desde los *Llanos de la Páira*...

La moza, condoliéndose, se acerca
y él le dice: «¡Hija mía, dame una sé de agua!»

Le dá la moza,
compasiva, la cántara,
y bebe el viejecico ansiosamente...
luego, asina, como un apóstol á la moza le habla:



¡El agua es tó, hija mía!... Vengo de los secanos,
ande las tierras traspillás se abrasan...

Cuando es que llueve, ó dicho á nuestro modo
con mejores palabras:
cuando á esas tierras el Señor les echa
su bendición, encantan!...
¡el propio paraíso
son entonces los *Llanos de la Páira!*...
¡hogaño que hay sequía,
de pasar por allí, se parte el alma!

Las cebás se cogieron... á los trigos
entavía les falta...
de llover estos días, pué que á tiempo
la bendición llegara...
Pudiera ser que esta mesmica tarde,
tuviéramos el agua,
porque es buena señal cuando las nubes
á los picachos del *Cajal* se agarran...
Dios te lo pagará, dame, hija mía,
¡dame otra ves la cántara!

¡Qué penosa es la sé y qué consuelo
tan hermoso es el agua!...
¡El agua es la alegría!...
¡el agua es tó: la vida y la esperanza!...



Desde el alto en que estamos,
mira la huerta que la vista encanta:



¡la cruzan como venas los brazales
en ande corre como sangre el agua!...

Ayer unos zagales en la cieca,
como hacen las diabluras sin pensarlas,
iban quijero arriba
y tōas las hileras las soltaban...

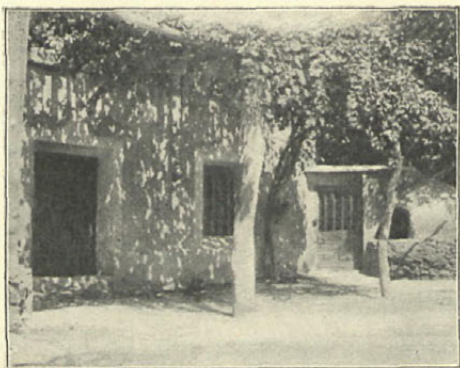
Se vían los caminos
anegándose en agua...
aquella bendición que se perdía...
¡los hubiá confundío, porque me dió una lástima!...
¡¡me paeció que la huerta
tōa se desangraba!!

¡Ay, huerta de mi vida,
si la sangre preciosa le faltara!...

III.

Ya apaga la tierra su sequía... ¡llueve,
gracias al Señor!...

En la casa, la moza y el mozo,
juntos se cobijan riendo los dos...
los pájaros pían y buscan sus níos...
granran en los campos los trigos en flor...
¡Agua de los cielos, vida de los pobres!...
¡santa bendición!



LOCO DE REMATE

El zagal estaba
en tós sus cabales;
pero andaba siempre caviloso y triste
por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...

Era el pobre zagal, vergonzoso:
un mocico de esos buenos y formales,
y causaba pena verlo á tóicas horas
murrio, callaico, sin hablar con náide...
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!

Pal trebajo era un negro, salía,
hecho un esclavico, con la casa alante. .

«¡Mis piés y mis manos!»
cuando lo mentaba, decía su padre...
Pues, solo el mocico, y aunque vió mal tiempo,
se marchó con el carro de viaje
y en mitá del camino, la nube
le pilló de golpe, sin poder librarse...
Se caló ista los güesos, la ropa
se secó pegaica á la carne...
le entró calentura, se vido á la muerte...
y loco, de aquella, queó de remate!

Le dió la locura por ser lo contrario
de lo que era enantes:
cantaba y bailaba
sin empacho en mitá de las calles
tan suelto y alegre, que el pobre paecía

más felís que náide...
¡Detrasico del loco iba siempre
escurrío de pena, su padre!

Luégo, algunos días,
al zagal le entraron arrebatos grandes...
había que atarlo
porque no era cosa de verlo estrozarse,
y al viejo le hicieron llevarlo á las javias,
¡que era igual que, vivo, sepultura darle!...
¡Y al hijo, á la jaula, llevó engañaïco!...
¡El zagal cantaba, mientras que en la calle,
escurrío de pena y de angustia,
mirando á las javias, lloraba su padre!

.
.

Al mocico, ahora,
otra ves lo tienes en tós sus cabales;
pero ya no canta: lo ves, como en tiempos,
caviloso y triste por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...

Dá lástima verlo:
murrio, callaïco, sin hablar con náide,

¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!...
Cuando estaba loco, parecía más cuerdo...
¡páece ahora más loco que enantes!



¡PALABRICA!

I.

«Adiós, le dije, nena;
yo volveré, nenica;
¡adiós y no me olvides
por náide en esta vida!

De no faltarme nunca
me dió su palabrica...

«¡Te espero viva ó muerta!»
llorando me decía...

Llevándome hecha piazos
el alma, de sentirla,
«Adiós, le dije, nena;
yo volveré, nenica.»

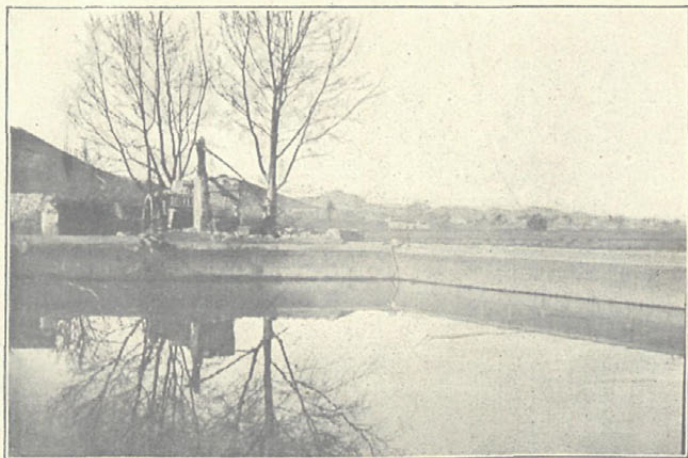
II.

Allá muy lejos supe
lo que por mí sufría...
¡con otro hombre, á la fuerza,
casarla pretendían!

Y yo pensaba siempre,
cá ves con fe más viva:
«Mi nena no me falta...
mi nena no me olvida...»

III.

Y fué leal mi nena...
¡la pobre zagalica



logró no ser de náide,
quitándose la vida!...

«¡Te espero viva ó muerta!»
llorando me decía...
y muerta me esperaba...
¡cumplió su palabrica!



YA... ¡NI EL OLORCICO!

El nene llenaba la casa y á tóicos
los tenía lelos;
enjamás lloraba:
¡qué pasta! ¡qué genio!
¡qué hermoso! ¡qué carnes!
¡un pomo de rosas paecía su cuerpo!

Pos un airecico de ná, fué bastante
pa dejarlo muerto,

y en el ataulico
el pomico de rosas metieron.

Dicen que la muerte
lo dejó lo mesmo
de color, de hermoso,
con la cara de ángel... ¡como sonriendo!...
¡A mí me faltaron
las fuerzas pa verlo!...

Pasé por la puerta... á los alaríos
de la pobre madre, se erizaba el pelo...
Pasé por la puerta...
me dió el olorcico de la cera ardiendo...
¡me dió ese olorcico
raro de los muertos!

Y, aunque lo enterraron,
entavía, dempués mucho tiempo,
al pasar por la puerta me daba
aquel olorcico de la cera ardiendo...
¡aquel olorcico del pomo de rosas
que en el ataulico pa siempre metieron!...
¡aquel olorcico que yo lo llevaba
metío en los sesos!

Pero tóico pasa: ya no güele á cera
y á la madre reirse la veo...

¡ya, ni el olorcico
del nene, tenemos!



EL CAMINICO

Pa ir sin arrodéos derecho ande estaba
la moza aguardando, siempre echaba Isidro,
á campo atraviesa,
por el mesmo sitio,
y á fuerza de pasos,
la vereá s'hizo...

Desde el arrecife, derecho á la casa,
partiendo *La Viña*, se vé el caminico...

Después que una noche, como de costumbre,
con la moza á sus solas se vido,
del lugar, pa siempre,
se marchó por sus pasos Isidro,
dicen que harto de ella...
por otro capricho...
Tocá por la pena, la pobre Rosario
desde entonces no se halla en su juicio!...

La hierba se extiende naciendo en *La Viña*
y se empeña en borrar el camino;



pero no la deja
crecer Rosarico...

Dice la zagala:
—Si le dá la idea de volver á Isidro,
que no tenga queja,
¡que esté el caminico!...

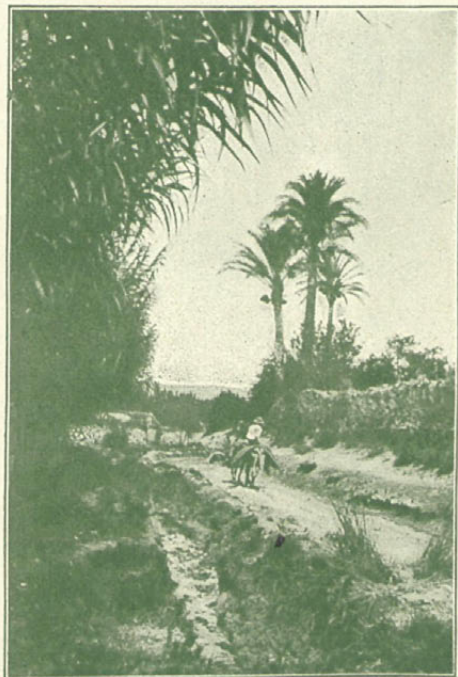


LA COPLICA MUERTA

I.

Cuesta arriba, cuesta abajo,
siempre canta José Antonio,
al pasar frente á la *Casa*
de los olmos.

Cuesta arriba, cuesta abajo,
siempre en el mesmico tono,



canta su coplica eterna
melancólico:

¡Cuándo querrá la Virgen
de la Fuensanta
que tu ropa y la mía
tengan un arca! (1)

Coplica que, de sentirse,
vive en aquellos contornos,
como el son de los ramajes
en el soto...

II.

Canta el zagal por Anica,
pero Anica está por otro,
y á perderse va en el aire
la coplica que echa el mozo...

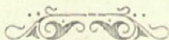
Canta el zagal por Anica,
pero ni un eco remoto
tiene su copla en la *Casa*
de los olmos...

(1) Popular.

III.

Ya no hay pájaros ni hojicas
en los árboles del soto...
ya pasa sin que lo sientan,
por la cuesta, José Antonio...

Desde que el zagal ha visto
que Anica se habla con otro,
¡no se siente la coplica
de la *Casa de los olmos!*...



LA NUBECICA

Hace noche oscura... oscura lo mesmo
que boca de lobo... ¡sin una estrellica!

De ratico en ratico, llampea...
¡la nube está encima!

.....

Con ser ya las tantas de la noche, á Paco
fuera de su casa lo tiés entavía...

ceñúa lo espera
de plantón en su puerta, Antoñica...



Es un matrimonio parejico el que hacen
y dá gusto verlos en buena armonía:
son jóvenes, gozan de salú, de pocos
deseos se privan...
pero él tié su pronto y ella tié su genio,
y hay veces que riñen por cualquier cosica.

Que Antonia está ciega de querer por Paco,
es tan claro que salta á la vista,
por más que ella nunca tal cosa demuestre
ni, menos, la diga.
Es de las que hablan
poquico en su vida;
no es espamentera,
no anda con embustes y zalamerías,
no tié desahogo pa tóico, como otras...
¡es reservaica!
No espega sus labios...
tan es ella asina,
que puá ser que Paco no la haiga sentío,
como fuera su gusto sentirla,
decirle «te quiero»
ni una ves solica.

.....
.....

Paco ha vuelto á su casa, y Antonia
ni siquiá rechista;
pero es, el callarse,
en Antonia la seña más fija
de la pesaömbre clara y manifiesta
que en su cara se ve pintaica...



Esto le hace á Paco perder los estribos,
haciéndole que hable lo que no hablaría:

—¿Por qué calla Antonia?

¿por qué no se esplica?

¿es que quié tenerlo lo mesmo que á un nene?

pos ¿qué se imagina?

¿no sabe que es mucho peor cuando tanto
se aprieta y se obliga?

¿es que quié que rabie? ¿por qué lo encangrena?

¿le luce que riñan?—

Y ya, de coraje

cegando, le grita:

—¿Por qué has de ponerte tan cerril conmigo,
que no quisiá verte?...que te mataría?!...

.
.

En tóico lo suyo se esjarra la nube:
retumban los trueños, zumba la ventisca,
se amaga el ramajé
y el barranco se hincha...

.

Callaica Antonia, se esnúa y se acuesta,
sin decir ni siquiá palabrica...

Paco hace lo mismo,
apagando la luz en seguía...

.
.

Vueltas y más vueltas...
el sueño está lenjos y Antonia suspira...
Paco que la siente, ya en tono más suave
y un poquico triste, le habla abora asina:

—¿Por qué ha de ser esto,
si ves tú mesmica

que motivos pa tales disgustos
no'te doy ni chispa?

¿Por qué ha de ser esto?...

Cualquiera diría
que te causa pena

ver que gozo siquiá una miajica...

Es decir: que, si estoy trabajando,

tú vives tranquila,

mas que pase en vela

tres noches seguías;

pero ná de amigos, ná de que descanse
ni que eche á un laico penas y fatigas.

¿Y es eso quererme?

¡quererme!... ¡mentira!...

Reventando Antonia de pesar, tragando
la hiel más amarga de toa su vida,

responde al remate:

—¿Pero yo qué te hecho pa que tú me digas
tales expresiones? Si yo de otro modo
pensara, me páece que peor sería.

Negar que padesco porque no me llevas
contigo, si sales, fuera una mentira...

¡me páece que á menos ya tiés el sacarme
de paseo, como antes hacías!...—

—¿Pero no comprendes—

Paco le replica—

que no pué ser eso de tener yo á menos
el salir contigo, como te imaginas?

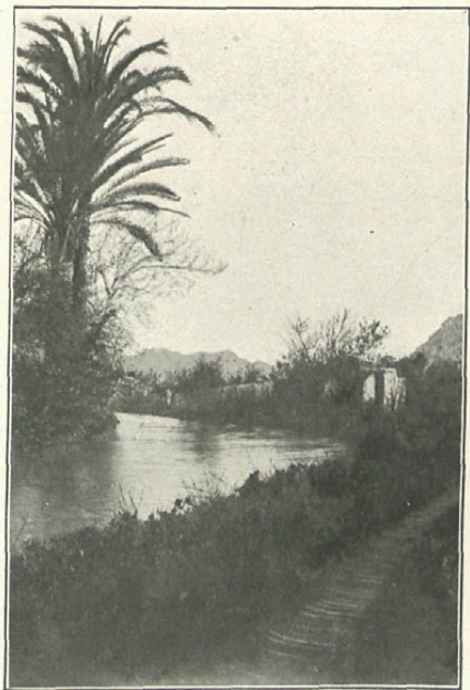
¿Por qué has de volverte loca, cavilando,
y á mí me arrepietas y casi me obligas,
con estos disgustos, á que un caminico
pa no volver nunca, tome el mejor día?—

«¡Pa no volver nunca!...» Sin consuelo Antonia,
llora solamente de que se lo diga,

y calando, de lágrimas que echa,

la cabecerica,

y ampará en lo oscuro, como al confesarse



buscara el amparo de la mantellina,
lo que en el sagrario
de su pecho guardao tenía,
deja por su boca salir, como el hilo
puro y trasparente de una fuentecica:

—¿Por qué he de enojarme?

Si no te quisiera, no me enojaría...
Sabes que por eso son mis desazones...
¡por eso bien sabes que el vivir me quitas! ..

Quiero tu compañía...

Páece que me olvidas,
cuando aquí en la casa
me dejas solica...

Quiero tu compañía... ¡na más que eso quiero!
¡mi orgullo sería,
como cuando novios, ir á tóicas partes
contigo juntica!.. —

Y Paco la siente
como nunca soñara sentirla...
y, en lo escuro también, en lo escuro
que como una gloria pa ellos se ilumina,
la aprieta en sus brazos,
sin decirle siquiá palabrica,
llorando como ella,

suspirando como ella suspira...
¡los cuerpos junticos!...
¡¡las bocas junticas!!...

.
.

Ya pasó la nube y abonico llueve...
Pa dar sus cosechas y sus alegrías,
se entreabre la tierra y con ansia
se embebe el agüica!



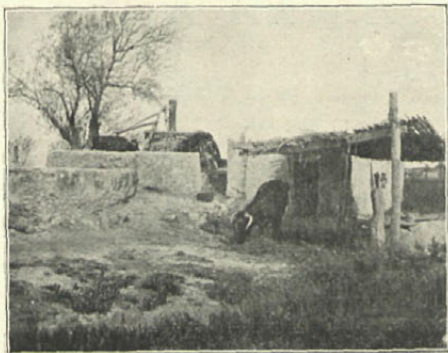
EN LA ÑORA

(AL SR. D. JUAN LACIERVA, MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA.)

Poquicas comparanzas
hallara pa mi vida, como aquella:
Una ñorica hicieron los zagales
en el mesmo quijero de la cieca,
y á un pajarico de esos,
alegría y encanto de la huerta,
á estilo de una mula

lo engancharon en ella
y, arreándole, hacían
al pobre animalico, darle vueltas.

Me daba compasión el pajarico
y me paeció la suya mi tristeza,
cautivo de los hombres y por ellos
condolío y sin fuerzas...



Me daba compasión... Mirando al pobre,
me imaginaba yo de qué manera
tan dulce cantaría el pajarico
libre entre los naranjos de la huerta...

Como el pájaro triste
me vide yo, con pena,
forcegeando por alzar el vuelo...
prisionero en cadenas...
¡Me vide yo mesmico, pobre esclavo,
dando á la ñora de mi vida vueltas!



¡Y LA NENA, AL BRAZAL!

(A MI QUERIDO AMIGO JOSE MARTINEZ ALBACETE)

La boca me duele de estarle diciendo:
—No quiero que vayas, nenuca, al brazal...
no quiero que vayas, porque á ver á Paco
sé, nenuca, que vas...
¡no quiero que vayas!...
¡miá que ni chispica de gusto me dá!...
Y no es que se diga
que es malo el zagal,

no es que yo me piense
que no te querrá...
pero es ligerico de cascos y páece
que le gusta beber y juär...

¡Miá que ni chispica
de gusto me dá! ..
¡no quiero que vayas,
nenica, al brazal!—



Como el que una lumbré
quisiera apagar
y fuera, el reñirle, leña que se echara
pa encenderla más...

«Anda ves, nenica,» páece que entendía
y, á tóicas las horas, ¡la nena, al brazal!

Ni con palabricas ni con malos tratos
se alantaba ná:

—Miá, nena, que Paco no anda muy erecho
ni páece formal...

miá que es un enrea
que le gusta vivir y triunfar...

miá que sus pasicos
no son buenos ya...—

Pues como decirle que Paco era un ángel...
palabras perdías... ¡la nena, al brazal!

—¡Por Dios, hija mía! ten conocimiento!

Procurando estás
que no te consienta
salir al portal,

que te encierre en el cuarto y te amarre
y que, aunque me duela, te llegue á pegar...

¡Ni por esas!... ni chispa de caso!

ni que del demonio se hallara tentá!

de día y de noche
¡la nena, al brazal!

.

Ahora resulta que Paco quería



11/11/11

divertirse con ella, na más...
que ya, con la nena, ni á buenas ni á malas
se quiere casar...
Con tóico y con ello y á tóicas las horas,
¡la nena, al brazal!



EL AULLÍO DE LOS PERROS

Sin dejar á su nenico de los brazos,
sin pegar siquiá los ojos, ni tomar casi alimento,
siete días con sus noches se ha pasao Carmencia
padeciendo...

¡consumía de llorar y de angustiarse
y escurría y en los güesos!

Siete días y sus noches con el nene malo en brazos,
que se pone más malico por momentos...
siete días con sus noches,
sin alzarse de la silla ni dejar el traqueteo,
porque nunca hubo una madre
que tuviera por su nene tanto celo...
siete días con sus noches...
¡siete siglos de tormento!

Há tres días dió la muerte
señalicas de que estaba ya al acecho:
¡como voces de agonía y encomedio de la noche,
se sintió en las oliveras el aullío de los perros!...
Se sintió remoto y triste y, al sentirlo, Carmencica
se espantó de pena y miedo...
—¡Sal y mátalos!—le dijo con rencor á su marío.
—¡Sal y mátalos! que es cierto
que, en matándolos, la muerte
de ande está se marcha huyendo!—

Y Clemente, su marío,
loco va por el barranco, de dolor y rabia ciego...
loco va con la escopeta disparando en los peñascos,
ande ve unos bultos negros
que, al igual que almas en pena,

se le pierden en lo oscuro y á lo lejos...

—¡Sal y mátalos, Clemente! ¡Sal y mátalos!—le dice
Carmencica con angustia y desconsuelo,
cuando ve que entra en la casa
sin matarlos y sin ansia y sin aliento...

—¡Sal y mátalos, Clemente!... ¡si por tres noches aullan,
pal nenico no hay remedio!—

Y otras dos noches seguías ha pasao lo mesmico:
más cercano y lastimero
se ha sentío muchas veces
el aullío de los perros,
y Clemente, sin matarlos,
á su casa loco ha vuelto!



Ya sin fuerzas pa llorar ni removerse...
sin alientos...

traspasá de angustia y pena
y en la silla enclavaica como Cristo en el madero,
¡en los brazos Carmencica
su nenico tiene muerto!



DESHECHICA

—Podía usted, máere,
llevarme á la fiesta...
—Mujer, ya veremos...
¡Jesús, qué petera!

Te duermes de noche con el estribillo,
y por la mañana con él te despiertas...
no sé qué te pasa, pero á buen seguro

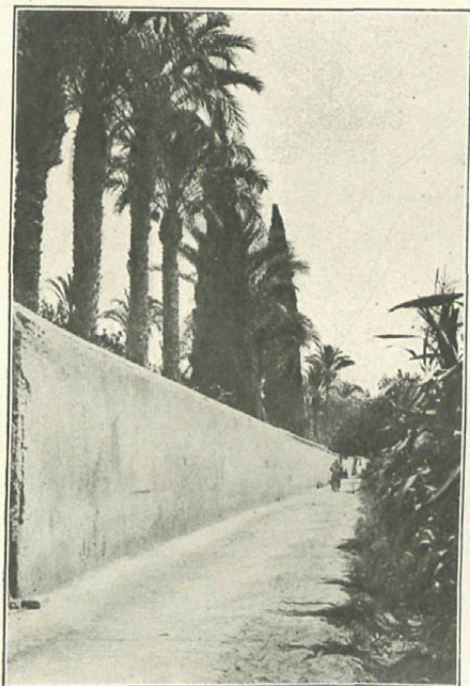
que en tós sus cabales no está tu caëza...
Enantes cantabas lo mesmo que un pájaro
que no tiene penas,
y á tó te reías igualmente
que quien en naïca de este mundo piensa...



Abora, zagala,
ya no eres la mesma:
ya no te se siente y estás pensativa...
tú no eres, zagala, sombra de lo que eras...
¡Ya no te se siente, si no es pa decirme:
«Podía usté, máere, llevarme á la fiesta!...»

Sin que lo esperaras
ni me lo pidieras,
el año pasao
te llevé á la fiesta:
te daba lo mesmo ir como quedarte
yibas tan contenta...
Reparé que estabas
triste y pesarosa después á la vuelta...
¡no quisiá llevarte, por temor, zagala,
de que luego más triste volvieras!...
—Lléveme usté, máere,
¡que iré yo solica, si usté no me lleva!...
El año pasao, sin parar dicirme
cosas y mirarme, por tóica la fiesta
nos seguía un mozo... Lléveme usté, máere...
¡más triste que estoy, no pué ser que vuelva!





EL SACRIFICIO

(Á MI DISTINGUIDO AMIGO D. LUIS DE AGUIRRE Y FERNÁNDEZ)

Vengo de misa ¡y traigo un desconsuelo!...
La ha dicho el zagalico del tío Juan:
aquél que de pequeño era tan diablo
y que luego salió tan buen zagal...

Su madre se empeñó en que fuera cura,
y, quieras que no quieras, no hubo más:
sin vocación, el pobre José Antonio

dobló la frente y se dejó llevar
¡como una res mansica
que al mataero va!

Al cabo de los años
vuelve ahora al lugar,
y dá pena de verlo
tan serio y tan formal.

.

Fué novio de Rosario,
la nena del tíó Blas...
aquella tan bonica
que era un angel de Dios... No se verá
noviaje como aquél... ¡era un cariño
ya ciego por demás!

Platicaban de noche, y por el día
no podían pasar
sin mirarse á raticos dende lejos,
¡sin hartarse jamás!
en la güerta, en la calle y en la plaza,
¡pa ellos tóico era igual!
¿y en la iglesia!? ¡los ojos no ponían
ni siquiera una ves en el altar!

A ella, cuando iba, la veías siempre
al pié del Nazareño, embelesá



mirando á José Antonio.. ¡José Antonio,
mirándola enfrentico, sin parar!

.....

Poco dempués de que él cantara misa,
la pobre, sin saberse de qué mal,
¡murió como quien no tiene en el mundo
ya náica que esperar!

.....
.....

No hay mayor sacrificio
que el que ha hecho ese zagal.
Al dar la bendición hoy en la misa,
miró pal Nazareno con afán
igual que en otro tiempo... y cual si viera
enfrente á Rosarico embelesá
mirándolo entavía,
¡no pudo resistir y echó á llorar!



ROSICA

I.

Miá qué fatigosa
y apavilaica
viene la zagala
por la cuesta arriba...
¡desansiá, sin fuerzas,
acansinaica!...



¡Páece con los ojos hundíos y tristes
y como la propia cera las megillas,
una rosa blanca
su cara bonica!...

Al andar, la pobre
con ná se atosiga
y en cá aliento páece
que va á echar la vida...
La gente asegura
que está opilaïca...
perenne en su cara se extiende un pañico
de melancolía...
¡quién ha de pensarse
del mal que se muere la pobre Rosica!

.....
.....

II.

Bartolico el *Trovaor*,
que es de los mozos cabales,
porque á bueno y recogío
hay poquicos que le ganen
y porque cantando coplas

tampoco hay quien le aventaje,
anda que bebe los vientos
y está loco de remate
por la nena de *Los Rojos*,
amos de la *Casa grande*.
Pero como á la zagala
no le consienten sus padres,
por ser Bartolico pobre,
con el zagal tal noviaje,
haciendo así que la moza
más por el mozo se afane,
los muchachos á escondías
llevan su querer alante
y, á salto de mata siempre,
andan pa verse y hablarse.

.
.

Rosica tié su barraca
enfrente e la *Casa grande*
y conoce á Bartolico
dende quiban, de zagales,
á las moreras por hoja
y por yerba á los cañares...
¡de töa la vida!... ¡de ir

junticos por tóicas partes!...
Luego ya, al hacerse mozos,
si no sueltos como enantes,
han seguío tan amigos
y en su trato tan iguales,
que no hay tan siquiera un día
sin que Bartolico pase
ca Rosica un buen ratico,
cosa que no extraña á náide.
Tienes así que el zagal,
con la escusica de estarse
sus raticos ca Rosica,
rondea la *Casa grande*
y echa sus buenos vistazos
y habla cuando pué lograrse
con la zagala de enfrente,
que está al acecho á cá istante.
Y como Rosica se halla
sola, porque no tié madre,
y su padre y su hermanico
siempre están en los bancales,
tiés que ná tan reservao
Bartolico pué buscarse
pa gozar de su querer
sin que lo eche de ver náide,



como aquella barraquica
que, escondía entre rosales,



á un nío de ruseñores
mu bien pudiá compararse.

.....

.....

III.

—¡Válgame, ya no tengo
que agradecer que vengas á mi casa!—
De esta manera comenzó Rosica,
temblándole la vos á cá palabra...
clavando en Bartolico aquellos ojos,
que más tavía que la boca hablaban...



aquella boca que, con ser tan dulce,
tenía una risica más amarga...

—¡Ya sé que estás por ella!...

No me lo niegues, que se vé en tu cara,
como se vé en la fuente el chinarrico,
á través del cristal limpio del agua...

¿Pa qué vas á negarlo?

¿Es que es alguna falta?

¿Es que se echa el querer por la sendica
que á uno le dá la gana?

¡Y estás loco por ella!...

¿Verdá que te ha røbao tøa el alma?

¿Verdá que estás sin juicio?

¿Verdá que ya no escansas

y la noche y el día,

pensando en ella pasas?—

Y tøas estas cosas,

de la boquica aquella se escapaban,

juntas y á borbotones,

como el chorro del agua

que, al destapar la hilerá,

suelta la azarbe, cuando viene rafa.

Y aquello que Rosica á Bartolico,
cual propia interesá le preguntaba,

aqueello que afanosa
l'icía llena d'ansia,
no era ni más ni menos
que el sentir que la ahogaba...
un querer de esos grandes,
que son más grandes cuanti más se callan...
querer por el mocico,
querer en el que ardía la zagala,
querer que, hablando, hablando,
¡á piazos de su pecho se arrancaba!...
Y Bartolico á tó le respondía
siempre que sí con la caëza baja,
y ella se estremecía de sentirlo
y, sin chispa de rabia,
clavando más y más en él sus ojos,
¡resisnaïca y triste lo miraba!...

Estuvo Bartolico un par de días
sin ir por la barraca,
porque, allá en sus adentros,
tó se lo recelaba
y sentía reparo
de poner á Rosica de pantalla.
Pero ella, en la aparencia muy alegre,
lo llamó una mañana

y, dista en son de broma,
le dijo estas palabras:
—¿Ande vas tan ligero?
¿Qué tiés que ya no pasas?
Los amigos leales,
nunca por nunca faltan.—

Y Bartolico entró dando una excusa
y ella, manifestándose muy franca,
pero con vos un poco tomaïca,
de esta manera le habla:
—A mí no me incomoda



que vengas á mi casa,
ni que dende ella aceches

á quien te priva el alma,
ni que venga á buscarte esa persona,
ni siquía que me mandes á llamarla.

Los amigos leales,
nunca por nunca faltan,
y no fuera amistá ni en mí sería
querer como Dios manda,
no hacerte tóico el bien que yo pudiera,
cuando en mi mano estaba.—

Sintió estas palabricas Bartolico,
con tóico el amargor de la retama;
pero, al alzar los ojos,
se encontró tan serena aquella cara,
que en el ínten aquel pensar no pudo
el fuego que llevaba,
consumiéndola viva,
Rosica en las entrañas!...

IV.

Y con tanta fé se toma
Rosica su penitencia
y, por bien de Bartolico,
tanto y tanto se atormenta,
que si con algún milagro
Dios la cosa no remedia,

pienso que al mesmo pasico
vaya ca uno por su senda:
Rosica, pal camposanto,
Bartolico, pa la iglesia.
Y dista á ser increíble,
lo que hace Rosica, llega,
que ha tomao su querer
y su penar, de manera
que, siendo tó lo contrario,
páece que la novia es ella,
y al ver como se las busca,
páece que goza en las penas.
Ella vá á la *Casa grande*
y ella los recaos lleva;
ella avisa á Bartolico,
si es ocasión de que venga,
y en su barraca á los novios
á sus anchas se los deja,
saliéndose ella al portal
y acechando, entanimientras,
pa que platiquen á gusto,
sin que náide los sorprenda.
¡Qué raticos, pa Rosica,
estos que pasa en su puerta!...
Pué icirse, con tó y con ello,

que ni esazón manifiesta:
con sus ojos entornaos
y con su cara de cera,
sin removerse pa ná,
páece que es tóica de peña,
y se vé, sin gran trabajo,
que está más dentro, que fuera.
Dentro, ande está Bartolico,
viendo, por más que no vea;
dentro con el pensamiento,
dentro con el alma entera,
y gozando, porque él goza,
aunque es su gozo su pena.
Y hay que sentir sus palabras
y hay que ver tó lo que encierran,
cuando solo á Bartolico
ó á la novia sola encuentra.
A ella, lo mesmico siempre,
con poquica diferencia:
—No le pagas su querer
ni tó lo que vale aprecias.
¡Cuántas por él, sin pensarlo,
la fama y la vida dieran!
¡No es tu querer verdaero,
cuando tanto lo esesperas

y no te atreves á hacer
una que suene en la güerta!—

Y á Bartolico, otras veces:
—Ven aquí, que vas á verla!—
Y solos en la barraca
y cerraïca la puerta,
juntos y á oscuras, se asoman
por las rendijas aquellas...



Y él siente pegá á la suya
aquella cara que quema,

IB
MURCIA
MILLO
168



y apoyaïca en su espalda
aquella mano que tiembla...
y el aliento calentico
y la boquica tan cerca...
y aquella vos tomaïca,
diciéndole con tristeza:
—¿Verdá que por ná en el mundo,
dejarías de quererla?—

.
.

V.

Tó tié su remate
y á tóico en el mundo le llega su hora.
Segura Rosica de que Bartolico
sus cinco sentíos tenía en la otra;
segura de verlo morir se penando,
si no se casaba con aquella moza;
y segura de ver á los viejos
de la *Casa grande* cá ves más en contra,
se conoce que echó bien su cuenta
y, no como dice la gente, que loca,
sinó como santa,
hizo aquello que hizo, que asusta y asombra.
Aguardó á que estuviá Bartolico

dentro e la barraca junto con su novia
y, echando la llave, los dejó encerraos
y se fué por la senda más sola
y se echó de caëza á la azarbe
¡y muerta la hallaron atrancá en la ñora!

.

¿Sientes las campanas?

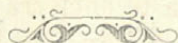
¿sientes cómo doblan?

Pues, aunque es á muerto, por una promesa
se celebra á ese son una boda...

la de Bartolico

con aquella novia...

Pa siempre, las cruces acaban de echarles
y oyendo la misa se hallan á estas horas
¡por el alma e la pobre Rosica,
que Dios tenga en gloria!



¡POBRETICO!

No espegas los labios... ni siquiá te quejas...
nunca como abora de apocao te he visto...
¡por lo que con ella te encierras y vives,
la melancolía páece tu cariño!...

Sé lo que te pasa,

igual que si fuera tu sentir el mío:
que ninguna moza del pueblo te quiere,
que no hay quien te mire y te haga un roalico,
que eres un extraño pa tós, que no sabes
lo que es un amigo...

Te esprecian porque eres un pobre inclusero...
¡y tan pobretico!...

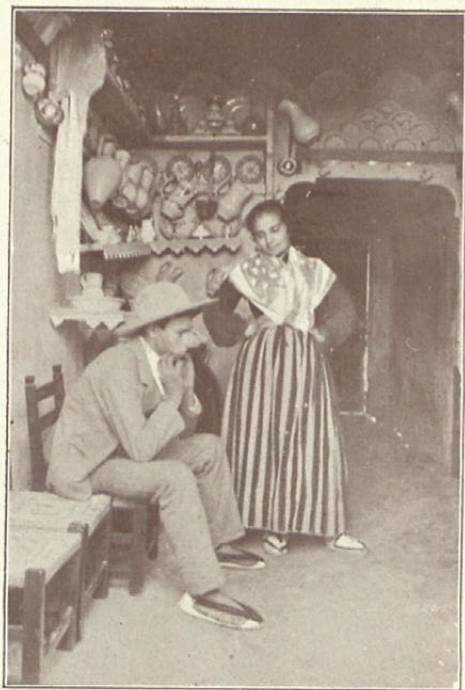
á más que no tienes sobre qué caerte,
¡ni padre ni madre, tan siquiá has tenío!...

Sin sombra de náide te ves y ya piensas
que tós en el mundo semos lo mesmico...
No te esansies tanto... Repara que hay alguien
que pena contigo...

Yo seré, si quieres, tu madre, tu hermana...
andas falto de amor y de cuidio...

Cuando te estremescas en tu desamparo,
como el pobre que tiembla de frío,
¡acurrúcate en mí como un nene!...
¡yo seré tu abrigo!...

No tós, en el mundo,
semos lo mesmico...
Repara que hay alguien



que pena contigo...
Si hay quien no te quiere, por ser pobre y solo,
¡yo, de verte triste, te he tomao cariño!



LA CABECERICA

I.

Tan bueno y tan sano
volvió de la guerra...
¡¿pa qué?! ¡más valía
que nunca volviera!

Tóicos lo aguardaban ¡tóicos menos Carmen!
y cuando temblando preguntó por ella,

lo miraron callaos y tristes...
¡¿pa qué más respuesta?!...
¡la madre de Carmen, vestía de luto
le salió á la puerta!



No había pal pobre Bernardo consuelo
y sus alaríos partían las peñas:
—¡Carmen de mi alma!...
Carmenica!... Nena!...
¡¡quién me hubiera dicho, cuando yo volvía
gozoso y cantando, que ya estabas muerta!!—
.....
De los días llenos de mayor angustia,

llorando lo mesmo que una Madalena,
en el cuarto en ande murió Carmencica,
la madre á Bernardo, la historia le cuenta:

—Me pidió que, pa no entristecerte,
jamás en las cartas na te se digera,
del mal sin remedio que le iba cavando
su hoyico en la tierra...

Tocaïca estaba del pecho la pobre...
tosía con una tosecica seca

sin parar... se puso
tan delgá, que tóicos sentían, al verla,
compasión: las manos se le clareaban...
el color, lo mesmo que las azucenas...

sin ánimo alguno,
sin chispa de fuerza...

sin humor pa verse... ¡y en aquellos ojos,
¡hija de mi alma! siempre una tristeza!...—

Y también llorando,
deshecho de pena,

Bernardo, en la cama de la pobre Carmen
hunde la cabeza...

Y la madre sigue:

—¡Qué dolor! si vieras!...

Como un pajarico se quedó... no hacía
ni viso, debajo de las ropas esas...



la cabecerica, esa en ande lloras,
¡de sudor, calaica está de ella!...—



Bernardo que siente
las palabras estas,
¡se aprieta á la cara la cabecerica
y con tóas sus ansias la besa!

II.

Se llevó Bernardo la cabecerica
y por náica del mundo la deja...
¡tóicos los afanes y las ilusiones



de su vida, encierra!
Jamás en su cama consiente que pongan
otra cabecera,
respira con ansia su olorcico triste,
con pasión en sus brazos la aprieta,
se la come á besos,
con llanto la riega...
¡pobrecico! páece,
cuando sin alientos se duerme sobre ella,
¡que pa no levantarla ya nunca,
su frente recuesta!



III.

Tocão del pecho se ha muerto Bernardo:
lo mesmo que Carmen, remató sus penas...
La cabecerica fué la que el hoyico

le cavó en la tierra,
y á la sepultura
también se la lleva...
dentro de la caja
descansa sobre ella
¡y en ella la frente,
como en un dulce sueño, recuesta!



¡CALLÁ, CALLAÏCA!

¡Ni enclavándola en crus, se dejara
su querer María!

Su padre la cela y encangrenaïco
l'ice tós los días:

«Nena, que te mato,
si con él platicas.»

«Nena, que te egüello,
si sé que lo miras.»

Y ella, lo mesmico que si fuá de peña,
ni siquiá rechista:
pero siempre firme...
¡siempre encelaica!
Su padre reniega y, á tóicas las horas,



que se deje á Leonardo, le grita,
y ella hace promesa de quererlo siempre,
¡callá, callaica!

¡Con cuántos trabajos
y cuántas fatigas,

puén tener un rato de verse y hablarse
Leonardo y María!

Pasá media noche
son tōas sus citas,
y, al amparo e las sombras, el mozo
pegaico á las tapias, se esliza
y estroza cañizos y salta los leros,
con el ansia grande de lo que le privan.
De la casa, á buscarlo, la moza
sale de puntillas,
y escalza y temblando, se esculle hasta el güerto,
¡callá, callaica!

Ménos se les siente,
menos entavía
que el son de las hojas de la parra grande
que los acobija...
que el son de las hojas que calmoso el aire
mueve una miajica.
Más páece, lo que hablan,
cosas que suspiran,
y hablan cá ves menos,
como cosa que no necesitan...
¡Tanto como merman sus palabras, tanto

crecen sus caricias!
Él, entre sus brazos la aprieta que páece
que va á hacerla quina,
y ella le dá besos muy arrebonico,
¡callá, callaïca!

Con los mozos remata la guerra,
la guerra maldita...



ya se fué Leonardo...
¡qué dolor pa la pobre María!
Pa que no la tome con ella su padre,
pa que ná le diga,
la infelís, aguantando su pena,



se pasa las horas mortales del día
y, aluego, llorando,
las noches enteras, á lágrima viva,
¡recomiéndose sola su angustia,
¡callá, callaïca!

¡Válgame qué esgracia! Que en buenas del trance
saque Dios á la pobre María.
Lo sabe tó el mundo; no pudo ocultarlo,
por lo alantaïca...
Su padre la mata,
si no se la quitan,
y jura y rejura
que al crío que pára, tié que hacerlo trizas.
De temor se estremece la pobre,
pero no rechista,
¡y oye la sentencia
callá, callaïca!

¡Qué miedos que pasa
la pobre María!
Ná le dá por ella;
teme por la vida
de aquel angelico



que el Señor le envía;
lo aguarda con ansias, y teme que venga...
¡siente unas tristezas y unas alegrías!
Su padre, más fosco cá ves, le recalca
la sentencia aquella que la atemoriza.
La pobre, al sentirlo, tōa se estremece,
 pero no rechista,
y jura y rejura salvar á su hijico,
 ¡callá, callaica!

Sintió los dolores á la media noche,
 cuando tós dormían...
se mordió las manos y aguantó su angustia
 ¡callá, callaica!

.....
.....

Pa ir sabe Dios ande,
sin amparo de náide ni guía,
no pensando en su vida la pobre
por salvarle á su hijico la vida,
lo cojió en los brazos, lo abrigó en el seno,
le puso la cara pegá á la carica,
y muerta de miedo y escalza y temblando,



salió de puntillas,
dándole besicos, llorando la pobre,
¡callá, callaica!



ÍNDICE



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<i>La canción de la huerta</i>	5
<i>La carta del soldao</i>	15
<i>Santica</i>	22
<i>El esgince</i>	28
<i>Mustia</i>	30
<i>Las borreguicas blancas</i>	34

<i>¡Hija María!</i>	41
<i>Los tres nenes</i>	44
<i>Tò pomporicas</i>	46
<i>La risera</i>	51
<i>¡Tate quietecica!</i>	56
<i>Cá cosa en su tiempo</i>	58
<i>De casta</i>	62
<i>Rescoldo</i>	67
<i>El calorcico</i>	71
<i>A la ru ru, mi nene...</i>	74
<i>¡Náide!</i>	77
<i>La sequía</i>	81
<i>Gracia de Dios</i>	85
<i>Guárdame un roalico</i>	92
<i>Bendición</i>	94
<i>Loco de remate</i>	103
<i>Palabrica</i>	107
<i>Ya... ¡ni el olorcico!</i>	112
<i>El caminico</i>	115
<i>La coplica muerta</i>	118
<i>La nubecica</i>	123
<i>En la ñora</i>	133
<i>¡Y la nena, al brazal!</i>	136

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^e 1

TAB^a D

N^o 22